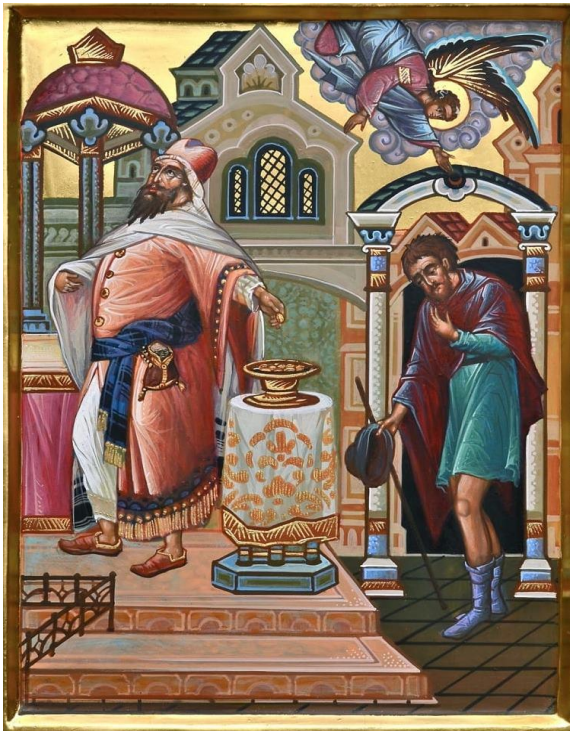


30º Dom. T. O. Ciclo C

Amados sin merecerlo



Vengo ante ti para alabarte, para reconocer tu amor tan grande que siempre me abraza con tu ternura de Padre. Vengo ante ti para adorarte, para ponerme a tus pies y dejar que me hables, y que en tu Palabra mi vida se afiance. Vengo ante ti para regalarte mis dones, mi tiempo y mis debilidades, para que me transformes a la luz de tu mensaje. Vengo ante ti para cimentarme y encontrar el lugar donde poder enraizarme, y me ayudes a vencer rutinas y comodidades. Vengo ante ti para que me acompañes y que tu presencia nunca me falte para que allí donde me encuentre pueda manifestarte.



Siempre nos han dicho: sé siempre el primero. Saca las mejores notas en la escuela y rompe con tu pecho la cinta de la meta en toda competencia. Que no veas a nadie delante de tus pasos, ni se sienten delante de ti en los banquetes. Asombra a todos los amigos luciendo el último invento, caros juguetes de adulto para despistar el tedio. Que sólo el peldaño más alto sea el lugar de tu descanso. Pero Tú nos dices y yo escucho: Siente mi mirada posarse sobre ti, porque Él alienta posibilidades infinitas en tu misterio. Desplégate todo entero, sin trabas que te amarren, ni el miedo dentro, ni los rumores en la calle, ni la codicia del inversor, ni las amenazas de los dueños ... y no temas sentarte en una silla pequeña con los últimos del pueblo, como tantos misioneros en tierras lejanas, en olvidados desiertos. Allí encontrarás la alegría de crear con el Padre libertad y vida para todos, sin complejos. sin la esclavitud de exhibir un certificado de excelencia, sin presentar una lista de méritos. A la hora de crear el Reino, los últimos de este mundo pueden ser los primeros.



[Revista Homilética]

- **CARRERA HACIA LA META.** La imagen de la competición deportiva le sirve a Pablo para hablarnos de su tarea misionera: con esfuerzo, constancia, fidelidad, resistencia ante las dificultades, soportando deserciones y abandonos... no ha cedido ante las propuestas que le desvían de su centro y de su camino hacia la meta. Sintiendo que “el Señor ha estado siempre a mi lado”. ¿Hacia qué meta camino yo? ¿Cómo mantengo la fidelidad a mis principios, compromisos, responsabilidades...?
- **AUTOCOMPLACIENCIA.** Dos modos de vivir la fe, dos maneras de relacionarnos con Dios. El fariseo “vuelto hacia sí mismo”, vanidoso, juzga con dureza al que está a su lado, presume y enumera sus méritos ante Dios a quien exige que le premie sus buenas obras... No ora sino que “se oye rezar”. Su oración no está dirigida a Dios sino a él mismo (“encantado de haberse conocido”) Su oración es de “reivindicación” más que de estar abierto a “recibir” de Dios. Le (nos) gusta “lucirse” y compararse. Muchas veces hay algo de fariseo también en nosotros, centrándolo en todo en el “yo”: yo no tengo fallos, yo no necesito de nadie, yo aprendo solo, yo me lo merezco, yo lo he conseguido, yo exijo porque tengo derecho, porque yo lo valgo... ¿También doy gracias a Dios “porque no soy como los demás”? ¿En qué sentido? ¿Me creo con derechos al amor de Dios en vez de vivirlo como un don a cultivar?
- **CONSCIENTES DE LA FRAGILIDAD.** Frente al largo discurso de autoafirmación del fariseo, el publicano se destaca por sus gestos (quedarse a distancia, bajar la mirada, golpearse el pecho) y su corta oración: sencilla, profunda, llena de humildad, reconociendo su pecado, su indignidad y su fragilidad. No tiene nada de qué alardear. Se ve necesitado de la benevolencia de Dios y su misericordia. Nos recuerda que somos amados por Dios sin merecerlo, que su misericordia desborda nuestras miserias, que su perdón rehabilita nuestra vida para seguir viviendo con esperanza. ¿Sé reconocer ante Dios y los demás, humildemente, mis debilidades sin por eso caer en la tristeza, el pesimismo, la desolación o la falta de autoestima?

Ten compasión de nosotros, Señor...

- cuando nos apoyamos en la autorreferencia.
- cuando nos exhibimos para que se nos vea.
- cuando no somos capaces de reconocer nuestras debilidades y miserias.



Te doy mi persona. Jesed
<https://youtu.be/d-Z62SmxyAQ>

Ayúdanos, Señor, a tener una fe misionera:

- Enraizada en el evangelio, alimentada en la oración y en la actividad de puertas abiertas.
- Viva en comunidad, compartida con los de lejos y los de cerca.
- Preocupada por los problemas reales de las personas concretas.
- Anunciadora de buenas noticias para dar esperanza cierta.
- Perseverante en las dificultades y sostenida por la paciencia.
- Humilde para reconocer los fallos y modificar estructuras viejas.
- Fundamentada en el amor y sin buscar privilegios y recompensas.
- Comprometida con las causas que merecen la pena.
- Abierta a la gracia de tus promesas.



**Lectura del libro
del Eclesiástico
(35,12-14.16-18):**

El Señor es un Dios justo,
que no puede ser parcial;
no es parcial contra el pobre,
escucha las súplicas
del oprimido;
no desoye los gritos
del huérfano o de la viuda
cuando repite su queja;
sus penas consiguen su favor,
y su grito alcanza las nubes;
los gritos del pobre
atraviesan las nubes
y hasta alcanzar a Dios
no descansan;
no cesa hasta que Dios
le atiende,
y el juez justo le hace justicia.

Salmo 33,2-3.17-18.19.23

*R/. Si el afligido invoca al Señor,
él lo escucha*

Bendigo al Señor
en todo momento,
su alabanza está siempre
en mi boca;
mi alma se gloria en el Señor:
que los humildes lo escuchen
y se alegren. R/.

El Señor se enfrenta
con los malhechores,
para borrar de la tierra
su memoria.
Cuando uno grita,
el Señor lo escucha
y lo libra de sus angustias. R/.

El Señor está cerca de los
atribulados,
salva a los abatidos.
El Señor redime a sus siervos,
no será castigado
quien se acoge a él . R/.

**Lectura de la segunda carta
del apóstol san Pablo
a Timoteo (4,6-8.16-18):**

Estoy a punto de ser sacrificado,
y el momento de mi partida
es inminente.

He combatido bien mi combate,
he corrido hasta la meta,
he mantenido la fe.

Ahora me aguarda
la corona merecida,
con la que el Señor, juez justo,
me premiará en aquel día;
y no sólo a mí, sino a todos
los que tienen amor
a su venida.

La primera vez que me defendí,
todos me abandonaron,
y nadie me asistió.
Que Dios los perdone.
Pero el Señor me ayudó
y me dio fuerzas
para anunciar íntegro el mensaje,
de modo que lo oyeran
todos los gentiles.

Él me libró de la boca del león.
El Señor seguirá librándome
de todo mal,
me salvará y me llevará
a su reino del cielo.
A él la gloria por los siglos
de los siglos. Amén.

**Lectura del santo evangelio
según san Lucas (18,9-14):**

En aquel tiempo, a algunos que,
teniéndose por justos,
se sentían seguros de sí mismos
y despreciaban a los demás,
dijo Jesús esta parábola:
«Dos hombres subieron
al templo a orar.

Uno era fariseo; el otro,
un publicano.

El fariseo, erguido,
oraba así en su interior:
"¡Oh Dios!, te doy gracias,
porque no soy como los demás:
ladrones, injustos, adúlteros;
ni como ese publicano.

Ayuno dos veces por semana
y pago el diezmo
de todo lo que tengo."

El publicano, en cambio,
se quedó atrás
y no se atrevía ni a levantar
los ojos al cielo;
sólo se golpeaba el pecho, diciendo:
"¡Oh Dios!, ten compasión
de este pecador." Os digo que éste
bajó a su casa justificado,
y aquél no.

Porque todo el que se enaltece
será humillado,
y el que se humilla será enaltecido.»